

SALUDOS

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Instituto Cultural Rumano, dentro del programa de subvenciones para la traducción y edición.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: septiembre de 2010

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Trotamundos tardío*, por M. R.

Título de la edición original en lengua rumana:
Saludos

© Alexandru Ecovoiu, 2010
© de la traducción: Joaquín Garrigós, 2010
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2010
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-92913-58-9 • DEPOSITO LEGAL: S-1005-2010

IMPRESA KADMOS

El encuentro con un desconocido comporta, la mayor parte de las veces, cambios inimaginables en la vida de un hombre sumido en una existencia tranquila de pequeñoburgués. Me siento en peligro; la paz de antaño, por engañosa que fuera, se ha ido para siempre. Lo que ayer parecía seguro ahora es sólo sospecha e inquietud. Ya no me fío de nadie. En cada uno de mis semejantes veo a un enviado. Para librarme de la obsesión o para que caiga por fin la espada que me amenaza sin cesar, en la realidad o únicamente en mi imaginación perturbada por lo acontecido, estoy escribiendo estas líneas. He de concluir de una u otra forma. El peligro viene de varias direcciones: me encuentro entre fuerzas concurrentes. Quizá exista una sola y yo haya sido elegido, de manera hábil, para relatar una historia desnaturalizada adrede por el Viajero; ¡ALGUIEN tenía que desviar la atención del Mundo sobre ciertas cosas! O por el contrario, presentarlas como una advertencia suprema, mas sin dar ningún indicio seguro que pueda contrarrestar el desastre.

Lo cuento todo pensando que el lector logrará diferenciar, en pasajes en apariencia sin ninguna relación con el meollo oscuro de esta historia, aspectos que a mí (todavía marcado por los acontecimientos) se me escapan. La suposición de haber sido elegido nace de un precedente que sacaré a colación a su debido tiempo; siguiendo ese hilo lógico, cada vez estoy más convencido y temeroso de que, quien-

quiera que sea, ¡el Custodio vive! Un argumento decisivo, en este sentido, es que, apenas empezado, ¡nueve editoriales extranjeras me han solicitado este libro para traducirlo! ¡Sólo a lenguas de gran circulación! Menos a una: ¡al mo! Signo del cambio de los tiempos y prueba de que no estoy loco. Un solo hombre podía saberlo casi todo sobre un escritor...

Lo conocí en París, donde me hallaba confeccionando un álbum de arte. Fotógrafo y comentarista. Las estatuas de la ciudad. Unas cuantas semanas a mis expensas. Una auténtica insensatez. No sé cuándo estará listo el álbum porque prácticamente me paso escribiendo día y noche. Todo partió de una rarísima edición de los *Ensayos* de Montaigne, un librachito que le compré a un librero de viejo en el malecón del Sena. Estaba hojeándolo en un pequeño figón de la rue de la Huchette. Alguien de la mesa contigua me preguntó por el año de impresión. Era Sey Mondy. El Viajero. El Gran Viajero. El último Trotamundos verdadero. Así es como se me apareció la primera tarde. Quizá también la segunda. No podía ser considerado francés. Ni británico, holandés ni semita, si el pensamiento me hubiese llevado al mito del judío errante. Menos todavía ibérico, árabe o tibetano, por las trazas. Se consideraba Ciudadano del Mundo y, según sus palabras, tenía todo el derecho a atribuirse semejante condición. Lo invité a mi mesa, adonde volvimos varias noches seguidas y me contó cosas sensacionales.

Para dar fluidez a la narración, he procedido a eliminar del texto varias secuencias irrelevantes comprendidas en el relato de Sey, al igual que ciertos pasajes de circunstancias como, por ejemplo, los que se refieren a un diálogo protocolario inherente, etcétera.

* * *

—... Nací en aguas internacionales; prevaleciendo de ciertas disposiciones legales, mi madre podía elegir mi nacionalidad. Entre varias. Finalmente, como las cosas acontecieron en un barco holandés, me convertí en súbdito de una Corona a la que nunca he servido. Y eso porque nuestro derrotero concluyó en un puerto británico. South Shields. Allí tenía un hermano. De madre. Sobre mi padre, mi madre decía que era el mismísimo capitán del paquebote en cuestión, pero la gente, que es maliciosa, consideraba que ella había viajado en muchos buques, de manera que no podía saberse con seguridad de qué capitán se trataba... Nos trasladamos a Francia cuando yo tenía once años. A los veintitrés la abandoné. Me convertí en uno de los diecinueve locos que se apuntaron al concurso ¡TARDIF GLOBE-TROTTER! ¡Un millón de dólares! Premio único. Ganador sería el último en llegar. Sencillo, ¿no? Vaya, hombre: ¡una competición organizada por algunas personas muy sensatas para otras especialmente insensatas! Desde hace más de cuarenta años todavía estoy en el camino... Cuando salí, era estudiante del último curso... Filosofía, en la Sorbona... También hacía deporte: los diez mil metros, tenía un récord regional. Renuncié. Por las noches leía, estudiaba; por el día me dolían los ojos, casi me dormía en las clases... De tanto en tanto, trabajaba de metemuertos en un circo ambulante. Me vino bien más adelante. Sé hacer juegos de manos con las cartas. ¡Mire!

Y sacando un mazo de cartas despuntadas empezó a moverlas de todas las maneras, a esconderlas, a tirarlas al aire, a sacármelas del bolsillo y de mi propia gorra, colgada en el perchero. Luego me pidió que eligiese mentalmente una carta y la adivinó haciéndome un par de preguntas banales. Construyó castillos e incluso se puso a hacer música con un diez colocado de través en los labios.

–Tuve un poco de voz... Ahora la tengo algo cascada... Me acompaño con la guitarra... La llevo siempre conmigo –dijo, y me enseñó un instrumento apoyado en la pared–. Con las cartas y rascando la guitarra gané dinero para el camino y me lo gano todavía, porque mi periplo no ha concluido. Cuando no fue posible así, tuve que doblar el espinazo. Rousseau presumía de que su vida era más interesante que la de los reyes. La mía es más interesante que la de Rousseau.

El Gran Viajero hablaba mirándome como ausente.

–En mi camino, he encontrado gentes del montón, pillos, alcaldes, gobernadores y prostitutas; elefantes, cocodrilos, héroes, mujeres guapas y dingos, serpientes de anteojos, policías incorruptibles o peores que los bandidos, artistas y leprosos, antílopes, pájaros-lira, aborígenes, asesinos y bailarines de flamenco, incluso una Miss Universo he tocado con estas manos. (Más tarde me contaría cómo la salvó de ahogarse.) He vivido bajo un cielo cuajado de estrellas y en cabañas, en hoteles de medio pelo y, en varias ocasiones, en algunos de lujo; he viajado a pie por la Pampa y he atravesado ríos, algunos inmensos, en piragua; he volado en un Farman restaurado y en jumbo-jet, hasta un cóndor una vez me levantó en el aire y me llevó, cierto que a rastras, unas decenas de metros... He pasado la fiebre amarilla y enfermedades desconocidas; me han mordido serpientes venenosas, escorpiones y mujeres histéricas; me agasajaron como a un rey en una tribu del Amazonas y me condenaron injustamente en una ciudad europea. Llevo dando la vuelta al mundo desde hace cuarenta años y solo la luna, que la da desde hace millones, ha visto más cosas que yo. He vivido amores de ensueño y engaños irreparables; he tenido hijos por lo menos en siete paralelos. Incluso en Quito, en la línea del ecuador, tengo un chico y en Alaska otro; mi hija de Aus-

tralia es estrella de cine y caza canguros desde una moto. En las Filipinas me esperan dos gemelos.

Sey no hablaba; revivía o inventaba. Eso carecía de importancia.

—He perdido dos dedos —prosiguió y me tendió una mano mutilada—, me han apretado las clavijas por un delito que no había cometido y he ganado unos veinte combates de boxeo; me han electrocutado y he resucitado; me han clavado una flecha bajo el omóplato y una lanza en el muslo; he cogido caballos salvajes a lazo, estuvieron a punto de comerme los últimos cánibales del planeta y he cazado furtivamente rinocerontes blancos y tigres de Bengala. En Sicilia, tuve conflictos con la mafia y en Milán con los carabinieri. He entrado en mezquitas, en catedrales y en sinagogas, libre de cualquier dogma o religión; he sido un hombre verdaderamente libre. Y no obstante, siento la necesidad de tener una patria concreta; necesito un lugar, un espacio restringido que pueda sentir cercano a mi primer instante... Justo por eso, cuando acabe esta vida errante, me estableceré en el *Utrecht*, el barco en el que nací. Hace mucho tiempo que ya no navega, está en la rada de un puerto holandés y sirve de depósito de mercancías. Con el dinero obtenido, porque yo voy a ganar el concurso, lo compraré... Estaré tranquilo, cansado, esperando en paz que me llegue el final. A menos que me vuelva a tentar la idea de irme.

—¿Le pido otro coñac?, —le pregunté.

—Gracias, ahora me toca a mí.

No sabía si la historia que había empezado a contarme era del todo verdad. Quizá lo fuese. En cualquier caso, Sey Mondy estaba haciendo un relato de cosas fabulosas y a mí, viajero modesto, me parecían dignas de toda atención. De modo que, finalmente, me atreví:

—Cuando llegué aquí, tenía prisa. Ahora no me resigno a irme... Quisiera seguir escuchándolo... Lo que usted cuenta ha despertado mi interés más de lo que habría supuesto...

La gente estaba empezando a marcharse. En el figón sólo había ya unas pocas personas.

—Pues... ¡qué se yo! Habría muchas cosas que decir —dijo pensativo Sey—. Y ya es tarde...

Estuvo un rato callado dándole pequeñas vueltas al vaso en la mano y, luego, se decidió.

—Bueno, lo intentaré... El patrón me conoce, podemos quedarnos hasta que sea de día... —Encendió un cigarrillo y apartó el humo con la mano—. Hum, sí, vamos a empezar por París entonces, porque aquí empezó todo... Ahora, solamente estoy de paso; un momento de expectativa... Y aún tengo una pierna escayolada. Una operación. Una semana o dos y, listo, me largo otra vez... —Sey se acomodó mejor en la silla—. El concurso fue organizado por una sociedad filantrópica presidida por una vieja chiflada. A una persona normal no se le pasa por la cabeza semejante extravagancia. O tal vez, entonces, poco después de la guerra, no hubiese nadie normal... Éramos diecinueve... Jóvenes, muy jóvenes... Bien hechos, pobres y atrevidos. Ya sólo quedamos dos. Uno de los diecinueve era mi hermano. Antoine. Murió en una aldea de Uganda de una peritonitis... después de dar tres veces la vuelta al mundo, no podía haber tenido un final más estúpido... Aún quedamos dos, como le he dicho. Pero solamente el último en llegar ganará. Tenemos notas, cuños, firmas... Semejante viaje ha de demostrarse. Todos juntos sólo nos vimos el día de la partida. Por lo demás, si nos hemos encontrado ha sido por casualidad. Eso en la medida en que la casualidad exista. Nos rehuíamos los unos a los otros, nos espiábamos. Únicamente con uno me he visto con alguna frecuencia. Incluso con demasiada. Y ahora anda cerca, estoy

seguro. Lo siento. Hasta se esconde. Magirus es como una sombra. Soy su único contrincante. Ésta será, probablemente, nuestra última vuelta. Ya no somos jóvenes, ¡pueden pasar tantas cosas! Intento hacer abstracción de Magirus. Para mí, lo importante es el camino. Cuando me puse en marcha sí que pensé, claro está, en el dinero. ¡Cómo me suplicó Madeleine que no me fuese! Le dije que no me esperase. Habría sido absurdo. Entonces había otra cosa en mi alma. Iba a viajar: ¡ver, oír, CONOCER! Y había una razón más... Pero volvamos al concurso propiamente dicho. Me alegro mucho de que, de acuerdo con las reglas, se me permitiera desviarme de la ruta preestablecida y que el número de vueltas fuese ilimitado. Una cláusula muy adecuada al espíritu de la competición, pues todo llevaba el signo de la tardanza. En cambio, pasar por determinados puntos de control era obligatorio. No me daba prisa. El primer viaje duró ocho años. En ese tiempo, no se comunicó ninguna llegada. La primera tuvo lugar cuatro años después... ¿Cómo puede uno cometer semejante pifia? ¿Cómo puede aparecer como los piojos por la frente después de doce años? Aún había en la carrera, por entonces, por lo menos diez sujetos. Y todos querían el millón, los laureles, las memorias publicadas en Gallimard, la gloria. Vamos, con decir que algunos perecieron o estarán postrados quién sabe dónde, abatidos por la malaria, la enfermedad del sueño o alguna insolación de las que trastornan el juicio... ¿Y los otros? Al tipo lo vi en un noticiario cinematográfico, me hallaba en Hong Kong... Tenía mal aspecto. Creo que estaba consumido por alguna enfermedad producida por gusanos tropicales que roen lentamente el hígado. No se conoce el remedio. Estaba acabado. Muerto; el millón perdido. No sentí lástima por él. Habría debido sentirla de mí. A nosotros no tenía que compadecernos nadie. Todo lo más, señalarnos con el dedo. O respetarnos. U olvi-

darnos. Éramos considerados unos trotamundos, pero los organizadores nos permitieron valernos de cualquier medio de locomoción. Mulas, coche, avión... O sea, un plus de velocidad. Pues bien, nosotros somos unos desnaturalizados, algo entre caracol y cangrejo, y no sabemos cómo deslizar-nos mejor. Sin embargo, algunas veces sí que me apresuro. En algún lugar de este ancho mundo me esperan mujeres fieles y de cuyos hijos casi se me ha olvidado la cara. Soy un hombre bueno que hace mucho mal... Cuando abandoné París, Madeleine me acompañó hasta la salida de la ciudad. La vi hace unos días, después de más de cuarenta años... Es la mujer más idiota que he conocido. “Sabía que volverías”, gritó y se me tiró al cuello como si me hubiese ido la víspera. Por aquellos días de mi partida era hermosa. Ahora tiene bigote y papada. Vive en el mismo piso y en su casa no ha cambiado nada. “Qué feo estás, pero aun así yo te quiero”, me dijo. La miré y creía que bromeaba. Pero no bromeaba, yo diría que estaba loca. Cuando me fui por esos mundos, no le pedí lo imposible y si con todo ella me esperó, no me siento obligado a nada. Saqué la baraja y, haciéndole toda clase de juegos de manos, conseguí que se riera. “Con eso me sedujiste cuando era joven. ¡Creo que eres el más grande de los prestidigitadores! Pero tengo fe en lo que haces, ¡ganarás el premio! Hasta ahora han llegado ocho. De los otros no se oye nada... Se habrán muerto. O habrán renunciado... Sería hora de presentarte ante el jurado. ¡Eres el último! No puedo equivocarme... Sigo la prensa... Tengo colecciones enteras... Toda la vida he estado siguiendo el concurso...” “No, no he venido a presentarme a los organizadores, los que aún vivan”, le dije. Luego, le solté una mentira. “¡Mañana me vuelvo a ir! He de renovar por el camino algunos visados, de lo contrario lo que he hecho durante tantos años habrá sido en balde.” Y otra vez me acompañó hasta las puertas de la ciudad, como

hace decenas de años. Pero a la hora ya estaba yo de vuelta; escondiéndome aquí, en otro distrito, espero haber escapado de ese insólito amor. Pero volvamos al momento de mi primera partida... Era una fantástica mañana de junio. Después de haber besado a mi perdida Madeleine, me marché sin volver la cabeza. Estaba contento, pero no me resultaba fácil. Oí a Madeleine llamándome, pero no la miré. Me sentía más fuerte que Ulises; ninguna sirena habría conseguido atraerme entonces. Anduve mucho el primer día; si hubiese podido, habría atravesado toda la Tierra. Sin descanso, laminando mis posibilidades de ganar el millón. ¡A propósito! El último competidor que llegó se anunció hace quince años. Pero tampoco se llevó el dinero. Porque, en virtud de una cláusula del reglamento, para ser declarado ganador hay que esperar ochenta días. Y un mes más. O una vida. ¿Y si aparece un nuevo pretendiente? Más adelante le doy los detalles. De manera que, el primer día, estuve andando todo el tiempo. Hasta que me entró hambre. De provisiones no llevaba gran cosa: dos cajas de bizcochos y un poco de chocolate, para las situaciones más delicadas. Dinero casi nada. Entré en la primera posada que encontré y, sacando las cartas, me puse a hacer, a la vista de los parroquianos atontados por el calor, pequeños juegos de manos. Los presentes miraron con los ojos como platos; incluso el posadero se había olvidado de sus quehaceres. Me observaba alucinado. “¡Comida y bebida!”, grité a los espectadores cuando los noté más curiosos. “Si quieren, les enseño otras maravillas; soy el mayor prestidigitador con las cartas de París y solamente en Normandía hay otro igual, y ése es mi hermano.” Los dejé un tanto aturcidos con mi labia, no me quedaba más remedio. Tenía que elevar rápidamente mi cota y consolidar mi éxito. Creo que me superé a mí mismo; era mi primer examen en serio, y la recompensa una especie de cheque en blanco. La

prueba de que podía ganar cuartos. ¡Ay, menudos números presenté en aquella posada!

Y para reforzar sus palabras sacó otra vez la baraja, las tiró al aire de todas las formas y maneras, mucho mejor de como me lo había hecho una hora antes, lo cual me dejó mudo de admiración.

—¡Entonces me trataron a cuerpo de rey! —continuó el Gran Viajero al tiempo que se metía las cartas en el bolsillo interior de la chaqueta—. A la gente le gustan los engaños tanto como la verdad y, algunas veces, un juego de manos incluso se valora más. Quisieron que me quedara allí, en aquel villorrio... El posadero me propuso un arreglo tentador. Sólo tenía que presentar el número dos veces al día en su tugurio, para llenarlo de clientes. Me negué, por supuesto. Mis demostraciones diarias, vistas por las mismas personas, en poco tiempo se habrían vuelto aburridas; habría tenido que estar aprendiendo constantemente otras nuevas y ya no disponía de tiempo. El Mediterráneo estaba lejos, a varias semanas de marcha, pero su brisa me acariciaba ya la cara. ¡Y oía su bramido! El camino por el valle del Ródano fue un sueño... Antes de dejar París, ya lo he dicho, estudiaba filosofía, me quedaba un año. Pensando en los estudios, y con tanto vagar, lamento no haberlos interrumpido, sino haberlos empezado. Me gustaba la filosofía, incluso me apasiona ahora. Pero cada kilómetro de mi viaje, casi cada paso, me reserva lo que ningún libro puede encerrar verdaderamente; caminando, me formaría mi propia opinión del mundo, distinta (estaba convencido de ello) de la que siete u ocho profesores de renombre, de manera persuasiva, se habían esforzado años enteros por meterme en la cabeza. Me había enzarzado en una competición absurda. Pero en mi mente, distanciada del millón, nutría razones superiores que justificaban a mis propios ojos la vía que había tomado. De modo que mi decisión

era sólo aparentemente descabellada. Una vez en Marsella, no me paré hasta llegar al acantilado... El resplandor del mar deslumbraba, jamás había visto nada igual. En alta mar, los buques se mecían como atontados; en el cielo, las gaviotas planeaban graznando. En las tabernas, los marineros desembarcados bebían vino y contaban historias de regiones de horror y ensueño. Me consideraba un mortal privilegiado; iba a atravesar el planeta por tierra firme, sólo unas pocas veces por mar o aire. Iba a ver y oír infinitamente más cosas que aquellos marinos achispados. Un tiempo después, y siempre a pie, llegué a otro puerto. ¡Barcelona! ¡Ciudad de millonarios y de un número inmenso de mendigos! Contemplaba una parte de la ciudad desde un promontorio. “¡Barcelona!”, gritaba desde allá arriba. “¡Barcelona!” Me entraban ganas de dar volteretas. La riqueza y pobreza de la metrópoli hacían muy buenas migas, al parecer, y en todas partes, por calles y avenidas, sus hermosas mujeres desfilaron en tan gran número que ya no sabía adónde volver la cabeza. Las miraba como hombre y esteta y, como a la sazón yo era muy joven, algunas veces les sonreía. ¡Una sonrisa recíproca llegó a hacerme aplazar la partida durante varios meses! Más aún, en un momento dado casi olvidé para qué me había puesto en camino. El millón de dólares no valía ni lo que un puñado de pesetas. ¡Ni en sueños había visto una mujer como Lucía-Dolores! Era bailarina de flamenco y ese ritmo, procedente de Andalucía, estuvo a punto de perdernos a los dos. Cuando taconeaba, retorciendo el cuerpo y con los brazos arqueados sobre la cabeza o en las caderas, no parecía de este mundo. Sí, señor, jamás había visto nada igual en la Tierra! ¡Cómo revoloteaba y se desplegaba aquella bata de vértigo! Estaba ebrio de amor, música y movimiento. Y la diablesa bailaba delante de mí, azuzándome más y más. Sólo que al final ella quedó atrapada en su propio

juego. Abandonó la compañía porque veía lo celoso que yo era y nos dedicamos a callejear por la ciudad-ratonera. Lucía-Dolores era libre por primera vez; cuando era pequeña, sus padres solamente la enseñaron a bailar, pues ése era su oficio. Cuando ellos murieron, estuvo bailando como una loca por los mercados, luego en las tabernas y mucha gente se maravillaba de su arte y su aspecto. La vida de Lucía-Dolores estaba dominada por el flamenco. Yo le había devuelto la libertad. Pero en muy poco tiempo nuestros escasos ahorros se esfumaron. Era natural, porque los dos gastábamos sin ton ni son en lo que fuera, sin pensar, ni por lo más remoto, en el día de mañana. Cuando el dinero se acabó, nos acordamos del flamenco. Íbamos por locales de medio pelo, donde Lucía-Dolores bailaba haciendo palmas y sus ojos se dirigían más hacia el sombrero, donde los parroquianos generosos arrojaban alguna que otra moneda, que hacia mí. Mi guitarra estaba muy por debajo del arte de Lucía-Dolores. Acompañándola, le habría hecho un flaco favor. Sin embargo, para no ser menos, sacaba las cartas y las manejaba como mejor sabía y mis miradas también iban al sombrero, porque ya me habían entrado ganas de marcharme. Lucía-Dolores me había adivinado el pensamiento (en realidad, no hacía demasiados esfuerzos por ocultarlo) y, a su vez, esperaba el momento de librarse de mí. Me había convertido en un gafe. Un día me dijo: “El fuego de nuestro amor se ha apagado; nuestra mente se dirige ahora más al estómago que al corazón... Hemos de volver a la senda que el destino nos ha trazado: yo al baile y tú a tu camino sin fin...”. Cómo supo que mi camino no tenía fin es algo que todavía hoy sigo sin entender. ¡Creo que era una bruja! Finalmente, una mañana, nos separamos como en un duelo a pistola. Estábamos espalda contra espalda, mirando cada uno a un horizonte distinto. Y también cada uno se fue por direcciones opuestas, pero a los

diez pasos (según lo establecen las reglas del juego del honor y la muerte) no nos detuvimos. No nos volvimos. Al menos, yo no lo hice. Y creo que anduve sin parar cosa de tres horas. Luego, en unas cuantas semanas, atravesé España a lo ancho. Me imaginaba ser un Don Quijote más lúcido que el primero. *Rocinante* no tenía y Sancho Panza era inexistente. Mi Dulcinea se había quedado atrás, perdida en su danza maldita, y me juré que en tierra española ninguna otra mujer me cerraría el camino. Estaba en el umbral del ascetismo. Ni el vino quería ya probar más allá de unos sorbos; temía que, enardecido por los inenarrables licores ibéricos (¡Málaga, oh Málaga, Málaga!) volviese a caer en sabe Dios qué tentación. Mas, por lo visto, mi sino era tener una vida llena de cosas al revés. Me había quedado con la boca abierta ante un cortejo nupcial y al novio le pareció que miraba de manera rara a la elegida de su corazón (pero no era así, ¡lo juro!), y perdiendo los estribos me propinó un par de puñetazos... Le devolví yo otros dos, pero los invitados me cogieron por su cuenta y me dieron una buena tunda. Me quedé tirado en el suelo y ellos, por miedo a que muriera, me metieron a la fuerza por el gznate vino y aguardiente a porrillo, tanto que, cuando un cartero me levantó, estaba borracho como una cuba. Me había opuesto a las cosas de este mundo: primero al amor y luego al vino. Lo que me había acontecido solamente podía ser un castigo. Quizá incluso ahora me equivoque. Madeleine la bigotuda me dice que su corazón late aún hoy por mí. ¡Que el diablo la entienda! Si hubiésemos envejecido a la vez, viviendo juntos día tras día, quizá la soportase incluso calva, pero así... Ahora que está hecha una abuela se cree otra Penélope. Desde siempre, Madeleine supo confeccionarse falsas identidades. Cuando éramos jóvenes me llamaba Tristán. Ella era Isolda. ¡Pero hoy yo no soy Ulises! Además, tampoco lo soporto. Un monumento a la pi-

llería. Un farsante. A semejante hombre sí le conviene una Penélope, ¿no? Él puede fingir y convencer a su consorte de que después de veinte años sigue queriéndola igual. Aunque la haya encontrado con bigote y papada. Ulises sabe que sólo así conservará su reino: por la armonía. Su viaje se debió a haberse extraviado. El mío tiene como meta una nueva forma de entender las cosas: el millón es un pretexto. Madeleine no me retendrá en la orilla; ni es reina ni es mi mujer... No puedo quedarme mucho tiempo en un sitio, ¡yo nací en un viaje! Es difícil creer que voy a establecerme algún día en el *Utrecht*. Cuando gane el concurso, mi vida acabará

–Bien, pero disponiendo de esa formidable cantidad de dinero podrá viajar como le venga en gana, sin deber observar ninguna regla. Porque al fin y al cabo la competición tiene sus rigores. ¡Será libre de verdad! –le dije.

–¡Hum! ¿Y ahora no lo soy? Porque uno no es libre cuando puede hacer sin límites cuanto se le antoje, sino cuando, condicionado por un sinfín de leyes, ejerce su derecho a actuar como desee. Yo, durante el concurso, claro está, estoy subordinado al reglamento. Pero, amigo mío, usted olvida que he tenido y tengo la posibilidad de renunciar en cualquier momento. He sido y soy libre, como puede ver. Por lo menos, así lo considero yo. Pero volvamos a España. Estando en Burgos, iban a expulsarme porque, por motivos de estricta necesidad, oriné en el zócalo de una estatua. Sobre el mármol húmedo reposaba el busto de un general. “Es Franco. ¿Qué miras como un pasmarote? ¡Te vas a pudrir en la cárcel!”, me gritó un policía. Traté de explicarle ayudándome con las manos que, aunque hubiese sido mi propio monumento, habría procedido igual. Y que antes que hacerme encima delante de todo el mundo, me había parecido más decente así... Era un súbdito extranjero, España y Francia no podían pelearse a causa de una vejiga demasiado llena.